

## Carta de Estados Unidos: los comisarios lingüísticos y el bilingüismo

Wilfrido H. Corral

Con el creciente interés por lo que se aprende hoy sobre la lengua y hacia dónde va (se aproxima un gran congreso en Rosario, Argentina, como aquel en que García Márquez pontificó ante rancios filólogos) vale reflexionar acerca de ciertas prácticas educativas estadounidenses e «hispanas» que, si se las adapta como otras, tal vez borren algunas distinciones positivas vigentes históricamente entre ambos sistemas. No es la menor los cambios en el habla, en torno a los cuales *El desplazamiento lingüístico del español por el inglés* de Francisco Gimeno Menéndez y María Victoria Gimeno Menéndez es más realista que alarmista. España, como informa el *Wall Street Journal* del 12 de septiembre de 2003 y han notado algunos periódicos españoles, es la puerta más popular para inmigrantes latinoamericanos. Por ejemplo, la población legal de inmigrantes ecuatorianos aumentó de siete mil en 1999 a unos doscientos sesenta mil en el 2003, y se calcula que hay un número similar de inmigrantes ilegales. Las consecuencias lingüísticas son obvias, como las consabidas ventajas y desventajas para la lengua materna de ambos lados del Atlántico. Y como recientemente ciertas tendencias educativas también llegan del lado americano, tal vez sea igualmente pertinente revisar algunas implicaciones del ensayo *The Language Police* de la pedagoga estadounidense Diane Ravitch, uno de los mejores libros del año pasado.

Ahora, también resulta que mi sistema de correo electrónico se ha añadido a la tendencia de vigilar el lenguaje detallada por Ravitch. Cada vez que empleo, en español o inglés, palabras y frases que «lectores normales podrían creer ofensivas» mi sistema me previene automática e icónicamente, como «Comité de Defensa» cubano. Uno de los aspectos tragicómicos de la policía lingüística consiste en ser autoungida. Otro es que sus oficiales parecen uniformemente ineptos en su entrenamiento y obstinados en su entusiasmo por pasar su sentido de victimización a generaciones futuras. Se comenzaron a establecer las ahora rígidas reglas del juego en los años sesenta estadounidenses. Cuando enseñé en la Universidad de Stanford de fines de los ochenta a mediados de los noventa aquellas pau-

tas eran la norma allí y en otras universidades de élite. Así, la publicación del libro de Ravitch en el 2003 me trajo recuerdos inquietantes de cómo las universidades acarrear hoy códigos que se han inculcado en la instrucción básica.

Emigré a los Estados Unidos desde Ecuador a mediados de los sesenta, como adolescente, y la instrucción lingüística de entonces se reducía a aprender inglés para sobrevivir o a condenarse a varios tipos de guetos. Lo pasé duro, no menos que los emigrantes actuales a ese país, y me convertí en profesor de literatura hispanoamericana sin el beneficio de cursos bilingües o de inglés como segunda lengua, y sin que se me impusieran las estrategias de integración lingüística y social de los cambios de código que los Gimeno Menéndez ofrecen como hipótesis de trabajo. Tampoco se me exigía, como hoy, que me «sintiera bien» sobre mi lengua de origen, así no aprendiera bien la del país en que vivía. Uno diría que estoy contento con el desarrollo de una sensibilidad hacia el discurso civilizado, orgullo étnico, respeto para otras culturas, y todo lo afín.

Sí, pero no lo estoy con los comisarios lingüísticos o con su manera de imponer el infantilismo en el aprendizaje. No pretendo hablar por la comunidad de inmigrantes de la cual puedo ser considerado miembro, y el que se cruce conmigo en la calle notará que físicamente soy un hispanoamericano estereotípico. No obstante, hablaré de ciertas «comunidades» lingüísticas<sup>1</sup>. Como resultado, varias veces me han metido con embudo suposiciones respecto a qué es o debe ser un hispanoamericano en Estados Unidos. Esto hace que me pregunte sobre la brecha que existe entre lo que sé que soy y lo que algunos colegas angloamericanos y hasta «latinos» creen que soy o debo ser. Lingüísticamente, no me siento autoconsciente al hablar español, y no lo debería estar en el imperio de la «diversidad». Pero los comisarios no quieren que tengamos nuestro propio acento, léxico, peculiaridades gramaticales y hasta canon basados en un español reconocible.

Cuando comencé a enseñar a alumnos de posgrado el entrenamiento en las humanidades estaba en el apogeo de su politización, especialmente en las universidades elitistas estadounidenses. En esa época, recono-

<sup>1</sup> La noción de «comunidad», en lo que se refiere a la lengua, no tiene nada que ver con las modas sobre comunidades interpretativas y lo afín. En 1925 Karl Vossler hablaba de comunidades del lenguaje, y Leonard Bloomfield lo hacía en 1933 sobre comunidades de habla. En los años veinte y treinta Bajtin se expresaba sobre el «lenguaje unitario» y Antonio Gramsci escribía de una «gramática generativa», la cual tiende a hacer que uno aprenda todo el organismo del lenguaje que se quiere aprender, y a crear una actitud «espiritual» que siempre le permita a uno desenvolverse con soltura en un ambiente lingüístico.

cer mi «posición» de «sujeto» étnico era el punto de partida obligatorio para discutir cualquier tema, creyera o no que esas nociones eran pertinentes. Uno de los primeros cursos que enseñé era sobre lo que se llamaba literatura hispanoamericana colonial, o sea las crónicas españolas del descubrimiento y la conquista. Parte del contexto requería explicar la mentalidad renacentista. Una alumna «europeo-americana» se quejó de que mi uso del genérico «hombre» excluía a las mujeres. Sin permitirme explicar la cosmovisión admitidamente sexista de los conquistadores insistió en que yo usara «personas» o la fórmula «él/ella». Le recordé que «personas» era femenino e incluía a hombres y mujeres, y que «él/ella» era un calco tendencioso, ya que ningún hispanohablante lo espeta en la vida cotidiana.

La alumna respondió con el pseudo argumento *ad hominem* «estamos en Estados Unidos», y con algunos alumnos hispanoamericanos nos vimos puestos en nuestro lugar por el yo del nuevo imperio que se ponía su máscara intransigente. Seguí enseñando, en español, y le aconsejé a la pleitista que usara cualquier forma sintética que le placiera de un lenguaje parecido al mío. Quince años después, en *El País*, la «Defensor del lector» respondió a varias cartas de lectores que se manifiestan sobre su uso de «él/ella», notificándoles que de ahí en adelante ni su columna ni su diario emplearía esa fórmula, porque el resultado sería «un periódico ilegible». No es así en Estados Unidos, como confirma Ravitch.

En principio, siempre evito aquellos feísimos expresivos, y no es mi trabajo salvar una lengua que, a pesar de algunos dardos necesarios de don Fernando Lázaro Carreter y de Vargas Llosa al recibir un título *honoris causa* de la Universidad de Oxford en noviembre del año pasado, no ha requerido defensores por más de mil años. El hecho es que tanto los revolucionarios lingüísticos como los intransigentes especialistas ignoran la dinámica de la realidad. El castellano ha soportado con éxito el inglés, el *spanGLISH* y sus capitulaciones, las nuevas tecnologías, las variaciones regionales y los oportunismos de los intelectuales sobre los mestizajes lingüísticos de América. Pero en Stanford trabajaba con profesores que todavía consideran salvar a los «hispanos» parte de su llamado, y no les importa para nada que sus alumnos, o ellos mismos, hablen o escriban la lengua española correctamente.

El bilingüismo parece significar allí que los alumnos no tienen la obligación de hacer ningún esfuerzo por explicarse bien en la lengua que sus padres o abuelos probablemente hablaron con corrección. Y mis colegas todavía no dicen nada, temerosos o vencidos ante las frecuentemente reales repercusiones de oponerse al nuevo oficialismo, aunque me agrada

notar que acaba de salir un esperanzado y brillante análisis de las limitaciones de cómo se conceptualiza el bilingüismo, *Tongue ties: logo-eroticism in anglo-hispanic literature*, del cuabano Gustavo Pérez Firmat. Este también prueba la imposibilidad de sustraerse de asimilar una lengua que tiene que pasar forzosamente por filtros culturales no hispanos, aun en la práctica culta.

Resulta que en Estados Unidos el bilingüismo es bienvenido, y paulatinamente se autoriza y legitima en medios que en otras instancias pontifican sobre el declive de la lengua inglesa y su uso. La contradicción no está exenta de consideraciones comerciales y es mejor ilustrarla con un ejemplar reciente. Cada verano, la suntuosa y canónica revista *The New Yorker* publica un número doble dedicado a lo que llama «Début Fiction». En esos estrenos no ha faltado un escritor «latino», frecuentemente desconocido en el mundo hispanohablante. El año pasado el turno le tocó a Daniel Alarcón, identificado como nacido en Lima y estudiante del reconocido Iowa Writer's Workshop, taller de escritores donde, entre otros hispanoamericanos, pasó algún tiempo el escritor chileno José Donoso. Alarcón colabora con un cuento llamdo «City of Clowns».

El cuento de Alarcón tiene sus méritos, repleto del juego entre cultura popular, sentimentalismo y retazos autobiográficos que recuerda lo mejor de Ribeyro y Bryce Echenique. Sin embargo, su bilingüismo a la inversa (porque innecesariamente obliga al lector anglosajón a recurrir a diccionarios) deja mucho que desear, y no sólo en el ámbito de la lengua. Por ejemplo, leemos los siguientes diálogos, que reproduzco literalmente: «*Oye compadre, [sic] que [sic] chucha quieres con mis cosas?*» / «*Ah? Perdón, tío, my mistake*». Otro: «*Oye, chato. Close the window*». / «*Estás loco. It's too hot*». ¿A quién se dirige Alarcón? No sólo hay palabras y términos en inglés perfectamente comparables en sonido y efecto a los que se pone en español en el cuento, sino que tanto chucha como chato (ni «tío» en ese contexto) no son del registro de todo hispanohablante, ni son tan populares en estados como Iowa, digamos.

Más o menos lo mismo ocurre con la celebrada novela *Diablo Guardián*, escrita en español por el mexicano Xavier Velasco. El resultado del juego lingüístico puede ser falso, nada cercano a la maestría que mostraron Cabrera Infante y Luis Rafael Sánchez. En el mejor de los mundos posibles los autores noveles están apuntando, o contando, con un panhispanismo lingüístico que simplemente no existe. En otro nivel, la aceptación de «diferencias», tan cara a los académicos anglosajones e hispanos que no se atreven a corregir los errores de sus alumnos, es una utopía (ojalá no lo fuera) en los sectores de concentración «hispana» de Estados Unidos, y no